

# Globalización

Félix García Moriyón

Catedrático de Filosofía de I. E. S.

Mucho hablamos todos en estos momentos acerca de la globalización, con opiniones muy diversas y con situaciones de claro enfrentamiento. Los acontecimientos de este último año que va de Seattle a Praga muestran sin duda alguna hasta qué punto se están debatiendo cuestiones de alto calado que están afectando a prácticamente todos los habitantes del planeta. No pretendo aportar un análisis más de todo este proceso sino tan sólo llamar la atención sobre algunos aspectos que me parecen relevantes:

1. La globalización no es en absoluto un proceso nuevo, sino que da sus primeros pasos ya hace bastantes siglos. Tras las primeras escaramuzas de los comerciantes medievales como Marco Polo, es en el siglo XVI cuando comienza un imparable desarrollo de las relaciones entre culturas realmente distintas y distantes. Desde ese momento es Europa, lo que hoy llamamos mundo occidental, quien lleva la voz cantante: son naves europeas las que llegan a América y China, no a la inversa.
2. Los ilustrados, como Kant, ya proclaman en el siglo XVIII la

necesidad de llegar a ser ciudadanos del mundo y los derechos del ciudadano nacen con vocación de universalización. Unos decenios después, la izquierda política y el movimiento obrero manifiestan desde sus orígenes en el siglo XIX una vocación claramente internacionalista, orientada a construir unas relaciones solidarias entre todos los pueblos de la tierra. Es más, tienen muy claro que su modelo de internacionalismo es una alternativa al otro modelo impuesto por la burguesía en el poder. Son internacionalistas, pero en ningún caso imperialistas y los fundadores del movimiento obrero elaboran claras denuncias del imperialismo, más o menos iguales a las que algunas personas habían realizado ya en el siglo XVI contra el modelo de relaciones impuesto por los colonizadores europeos a los territorios colonizados.

3. La vocación cosmopolita de la izquierda sufre un serio choque en la primera guerra mundial, momento en el que los estrechos intereses nacionales y patrioterros truncan la posibilidad de una desobediencia civil capaz de frenar la guerra. Es más, la connivencia de tendencias so-

cialistas con planteamientos nacionalistas da lugar a uno de los movimientos políticos más nefastos que han existido en Europa, el nacional socialismo y el fascismo.

4. Desde entonces todo proceso de globalización se ha visto enfrentado a los mismos problemas. Por un lado los que plantean quienes no ven en esa globalización más que la ocasión de imponer su dominio cultural, político y económico a todo el mundo: una versión contemporánea de la *pax augusta*, respaldada, como entonces, en la capacidad persuasiva de las legiones. Por otro lado, los que quieren preservar las señas de identidad de su propia parcela provinciana frente a las amenazas que plantean los extraños. Es por eso por lo que, cuando se levantan polémicas en torno a la globalización los argumentos suelen estar bastante embrollados. Para saber con quién nos las estamos viendo hay que escuchar exactamente qué modelo de globalización se está defendiendo y cuáles son los fundamentos del rechazo a la globalización.
5. A finales del siglo XX el proceso de globalización ha experimen-

tado una aceleración enorme. Entre los muchos factores que pueden explicar ese incremento del ritmo dos me parecen especialmente importantes. En primer lugar, la mejora de los medios de transporte; hoy es técnicamente posible comer merluza chilena fresca en Madrid, del mismo modo en que es posible tardar tan sólo 16 horas en viajar a las antípodas (hasta hace tan sólo unas pocas décadas ese viaje solía suponer varias semanas). En segundo lugar, la mejora de las comunicaciones; la radio, luego la televisión y por último internet han convertido el mundo actual en una «aldea global» o en una sociedad red. Eso ha permitido, por ejemplo, el mercado continuo en bolsa, con las terribles consecuencias que eso tiene al favorecer dañinos movimientos especulativos, promovidos en general por los fondos de pensiones, que han sido devastadores para los trabajadores. También ha permitido que un movimiento como el zapatista haya podido salir adelante y resistir por el momento a la represión del ejército y el gobierno de México.

6. La globalización es un proceso imparable, por lo que no tiene sentido oponerse a él. Lo que está en cuestión, por tanto, no es tanto el proceso en sí mismo como el modo en que se está llevando a cabo. Nos encontramos en una situación posiblemente nueva en la historia de la humanidad: una única potencia, Estados Unidos, detenta al mismo tiempo la hegemonía política, económica, científica, cultural y militar. Eso ha determinado la aparición de lo que se llama «pensamiento único»,

que no es ni más ni menos que el intento de imponer a todo el mundo un modelo de globalización netamente favorable al bloque dominante en Estados Unidos. Las grandes corporaciones multinacionales, o transnacionales, son las que colaboran estrechamente con ese modelo que directamente les beneficia. La asfixiante deuda externa y el crecimiento imparable de la exclusión son las consecuencias más negativas de ese modelo.

7. Demolido el «socialismo realmente existente», la Unión Soviética, y casi completamente amordazado el movimiento obrero, los sindicatos, en gran parte como consecuencia de una política clara de agresión por parte del bloque dominante, la izquierda solidaria y progresista ha entrado en una profunda crisis. La aparición de los movimientos de resistencia al actual modelo de globalización ha ofrecido una ocasión de recuperar cierta capacidad de enfrentamiento y de movilización social. El fracaso de la O.M.C. en Seattle y la precipitada cancelación de la conferencia de Praga, así como el discurso defensivo de sus líderes, ha devuelto la confianza a quienes nos oponemos al sistema actual de rapiña generalizada. Hemos podido ver que el pensamiento único no es tan único como decía ni tan invencible; tiene fisuras y debilidades y es posible sacar partido de las mismas para frenar su voracidad destructiva.

8. El éxito de esos movimientos de resistencia y enfrentamiento radica en que han sido capaces de unificar tendencias muy diversas en torno a un enemigo común. Al mismo tiempo han

sabido plantear acciones eficaces, de esas que van más allá de lo testimonial y suponen un costo serio para los detentadores del poder. Cuando la élite burocrática internacional que llena las oficinas y despachos de los organismos encargados de imponer el modelo neoliberal padecen en su propia carne el desprecio moral de los oprimidos y el dolor de una pedrada lanzada por los que están ya hartos de tanto robo, se da cuenta de que quizá el precio de imponer su modelo es demasiado alto. No es la miseria galopante de zonas enteras del planeta las que les va a hacer cambiar, sino la amenaza directa a su situación de privilegio.

9. La debilidad de esos movimientos de resistencia consiste precisamente en que les une más el rechazo que la propuesta alternativa. Hay motivaciones muy diferentes detrás de los grupos que alientan esas movilizaciones y no está nada clara su capacidad de ofrecer una alternativa global creíble. Como en muchas ocasiones anteriores, los que están en el poder suelen estar más unidos y tener las ideas más claras —además de la policía y el ejército— que los que luchan por cambiar el desorden establecido. El gran reto que tenemos por delante es: mantener una lucha social que realmente haga daño al bloque dominante y le obligue a cambiar; mantener la unidad de acción más allá de los momentos concretos de enfrentamiento; elaborar una propuesta alternativa, un modelo completamente diferente de globalización basado en el apoyo mutuo y la participación activa de todas las personas.